

Apamea, del nombre de la hermana del rey Seleuco. Cerca de la fuente del Meandro está también la del río Marsyas, que se reúne al Meandro: la fábula refiere que en Celenas tuvo lugar el certamen de flauta entre Marsias y Apolo. El Meandro nace en las alturas de Celenas, pasa por medio de la ciudad, atraviesa la Caria, después la Jonia, y desemboca en una ensenada entre Prieno y Mileto. Por aquellos días llegó al campamento de Antioquía Seleuco, hijo de Antioco, que, según el tratado ajustado con Escipión, venía á entregar trigo al ejército. Trábase ligera discusión relativamente á los auxiliares de Atalo, diciendo Seleuco que Antioco solamente estaba obligado á entregar trigo al ejército romano solo. La firmeza del cónsul terminó la cuestión, mandando á los soldados romanos, por medio de un tribuno, que no tomasen nada hasta que los auxiliares de Atalo hubiesen recibido su parte. El ejército marchó en seguida al punto llamado Gordiutico, bastándole tres días de marcha para llegar desde allí á Thabas, situada en las fronteras de la Pisidia, por el lado que mira al mar de Pamfilia. En los tiempos de su prosperidad, aquella comarca tenía carácter belicoso, y hasta en las actuales circunstancias su caballería atacó al ejército romano, introduciendo el desorden en los primeros momentos; pero los que atacaban no tardaron en convencerse de su inferioridad en número y valor, y volvieron precipitadamente á su ciudad, pidiendo perdón y ofreciendo abrir sus puertas. Impusieronles una multa de veinticinco talentos de plata y diez mil medimnos de trigo, y con esta condición les perdonaron.

En tres días de marcha llegaron á las orillas del río Chaus, y desde allí se dirigió el ejército á la ciudad de Eriza, apoderándose de ella al primer asalto. En seguida llegaron al pie del fuerte de Thabusio, que domina el río Indo, llamado así porque precipitó en sus aguas á

un indio su elefante. Encontrábanse en las inmediaciones de Cibira, y no llegaba ninguna legación de Maogeto, tirano de aquellas comarcas, hombre pérfido y cruel. Para conocer sus disposiciones, el cónsul mandó adelantarse á C. Helvio con cuatro mil infantes y quinientos caballos; y ya había atravesado la frontera este cuerpo, cuando llegaron legados anunciando que el rey estaba pronto á someterse; pidiendo únicamente que los romanos entrasen como amigos en su país, y no hiciesen daños en sus tierras, ofreciendo una corona de oro de quince talentos que traían. Helvio les prometió que respetarían sus tierras, y les envió al cónsul, á quien hablaron lo mismo. El cónsul les contestó: «Los romanos no han recibido todavía de vuestro señor ninguna demostración de su buena voluntad, y el odio que generalmente inspira, antes debe hacernos pensar en castigarle que en concederle nuestra amistad.» Aterrados por esta respuesta, los legados se limitaron á rogarle que aceptase la corona y que permitiese al tirano presentarse ante él para explicarse y justificarse.

Concediólo el cónsul, y á la mañana siguiente llegó el tirano al campamento, con el traje y acompañamiento de un particular de mediana posición. Con voz humilde y entrecortada exageró la escasez de sus recursos, y se quejó de la pobreza de las ciudades de su dependencia. Su dominio se extendía sobre las ciudades de Cibira, Sileo y Alimna. Todo lo intentaría, dijo, agotando su tesoro y arruinando á sus súbditos para reunir veinticinco talentos.» «Verdaderamente, contestó el cónsul, eso es llevar demasiado lejos la irrisión: no contento con burlarte de nosotros desde el fondo de tus estados, mandando mentir á tus legados, tú mismo vienes á hacer gala de tu impudencia. ¡Veinticinco talentos agotarían los tesoros acumulados por tu tiranía! Pues bien: si antes de tres días no me has entregado

quinientos, cuenta con ver taladas tus campiñas y sitiada tu capital.» Aunque aterrado por la amenaza, no dejó el tirano de continuar asegurando su pretendida pobreza; y después de regatear mucho, á fuerza de argucias, de ruegos é hipócritas lágrimas, consiguió salir del apuro con cien talentos y diez mil medimnos de trigo. Estas cosas ocurrieron en el espacio de seis días.

De Cibira pasó el ejército al territorio de los sidenses, atravesó el río Caular, y acampó en la otra orilla. A la mañana siguiente costó el lago de Caralites; hizo alto cerca de Mandropolis, y después avanzó hasta Lacón, que era la ciudad más cercana, cuyos habitantes huyeron asustados. Encontrando desierta la plaza, los soldados saquearon sus innumerables riquezas. Desde allí, en menos de un día se trasladaron desde las fuentes del río Lisis á las orillas del Cobulato. Sitiaban entonces los termeses la ciudadela de los isiondesios, habiendo caído ya la ciudad en su poder: los sitiados, que no esperaban socorro, enviaron á implorar el apoyo del cónsul. «Mujeres y niños, toda la población estaba encerrada en la fortaleza, esperando todos los días perecer por hierro ó por hambre.» El cónsul, que buscaba un pretexto para entrar en la Pamfilia, aprovechó la ocasión. Su llegada hizo levantar el sitio de Isionda, y los habitantes de Termeso obtuvieron la paz mediante cincuenta talentos de plata: con iguales condiciones trataron con los de Aspendio y con las demás ciudades de la Pamfilia. A su regreso de la Pamfilia, el cónsul acampó primeramente en las orillas del río Tauro, y al día siguiente cerca de la ciudad de Xilino, que llaman Come. En seguida continuó su marcha sin interrupción hasta la ciudad de Cormata. La primera ciudad que se encontraba después era Darsa, de donde el terror había ahuyentado á los habitantes, encontrándola desierta y abundantemente provista. Cuando caminaba entre las lagunas inmedia-

tas, el cónsul recibió legados de Lisinóc, que venían á traer la sumisión de su ciudad. Entraron en seguida en el rico y fértil territorio de los sagalasenios, comarca habitada por los písidas, los más belicosos de todos los habitantes del país; carácter guerrero que tienen, tanto por la fertilidad de sus tierras, como por lo nutrido de su población y posición ventajosa de su ciudad, única fortificada en el país. No viendo el cónsul presentarse legación á su entrada en las fronteras, envió á talar los campos. La tenacidad de los habitantes cedió al fin, cuando vieron devastado su territorio. Entonces enviaron legados y consiguieron la paz mediante la entrega de cincuenta talentos, veinte mil medimnos de trigo y veinte mil de cebada. El ejército avanzó en seguida hacia las fuentes del Ocrima y acampó cerca de un caserío llamado Aporis. Al día siguiente llegó Seleuco de Apamea. A esta ciudad enviaron los enfermos y bagajes inútiles, dirigiéndoles guías que suministró Seleuco: aquel mismo día marcharon los romanos á los campos de los metropolitanos (1), y al siguiente avanzaron hasta Dinias en Frigia. Desde allí pasaron á Symnada (2); el temor había hecho abandonar todas las poblaciones de las cercanías, siendo entregadas al pillaje, y el ejército, cargado de botín, apenas pudo recorrer cinco millas en todo el día para llegar á Beudos, llamado el Viejo. Al siguiente día acamparon cerca de Anabura, y al otro, en las fuentes de Alandro, y al tercero, cerca de Abaso: donde se detuvieron muchos días, porque habían llegado á las fronteras de los tolisoboyes.

(1) Metrópolis debía su nombre á la madre de los dioses.

(2) Esta ciudad era célebre por el mármol blanco manchado de rojo que se extraía en sus inmediaciones, con el que se decoraban los edificios principales de Roma, adonde lo traían con grandes gastos.

Estos eran galos á quienes la falta de tierras ó avidez de botín habían hecho emigrar en masa; y persuadidos de que no podrían resistirles los pueblos por donde atravesasen, bajo el mando de Breno, entraron en la Dardania (1). Allí estalló una sedición, y cerca de veinte mil hombres, poniéndose á las órdenes de Leonorio y de Lutario, se separaron de Breno, dirigiéndose hacia la Tracia. Combatiendo entonces cuando encontraban resistencia, exigiendo impuestos cuando pedían la paz, llegaron á Bizancio, y, sacando dinero de toda la costa de la Propontida, se establecieron en las ciudades. Más adelante desearon pasar al Asia á fuerza de oír celebrar en derredor suyo la maravillosa fertilidad de aquel país. Apoderáronse de Lysimaquia por sorpresa, sometieron por las armas todo el Quersoneso, y bajaron hacia el Helesponto. Viendo allí que solamente les separaba del Asia un estrecho, se encendió en ellos más que nunca el deseo de cruzar á la otra orilla, y pidieron el paso á Antipatro, jefe de aquella costa. Siendo la negociación demasiado lenta para lo que ellos querían, estalló otra disensión entre los dos jefes. Leonorio retrocedió por el mismo camino con la mayor parte de los guerreros, y llegó á Bizancio: Lutario, aprovechando la presencia de espías macedonios, enviados por Antipatro con el nombre de legados, les arrebató dos naves cubiertas y tres barcas. Embarcóse, trasladó sus bandas una á una de día y de noche, y al cabo de algunos días tuvo toda su gente al otro lado. Por la misma época, algo después, Leonorio, con el auxilio de Nicomedes, rey de Bithinia, se embarcó también en Bizancio. Reuniéronse de nuevo los galos y dieron socorros á Nicomedes, en guerra entonces contra Zibetas, dueño de parte de la Bithinia.

(1) Habían devastado toda la Iliria á lo largo del mar. La Dardania es hoy la Servia.

Gracias á su apoyo, Zibetas quedó vencido, y toda la Bithinia reconoció el dominio de Nicomedes. Saliendo de Bithinia, penetraron los galos más en el interior del Asia. De veinte mil guerreros, no eran ya más que diez mil, y sin embargo, tal espanto causó su nombre entre los pueblos de este lado del monte Tauro, que todos, invadidos ó no, lejanos ó vecinos, se sometieron á sus leyes. En fin, los tres pueblos que se habían reunido, tolistoboyos, trocmios y tectosagos, se dividieron el Asia. Los trocmios ocuparon la orilla del Helesponto; los tolistoboyos la Eolida y la Jonia; los tectosagos, las tierras del interior; toda el Asia del otro lado del Tauro les pagaba tributo. Establecieron su colonia principal en las orillas del río Halys; y tal era el terror unido á su nombre, sobre todo después del enorme crecimiento de su población, que al fin los mismos monarcas sirios no se negaron á pagarles tributo. El primer príncipe asiático que sacudió su yugo fué Atalo, padre del rey Eumeno, y contra lo que todos esperaban, el éxito coronó su audacia: peleó y triunfó; pero no les abatió la derrota hasta el punto de perder el imperio del Asia, quedando su poder intacto hasta la guerra de los romanos contra Antioco. Y entonces también, después de la expulsión de Antioco, se lisonjearon con la idea de que, gracias á su alejamiento de las costas, el ejército romano no penetraría hasta ellos.

Teniendo enfrente un enemigo tan temido en toda la comarca, el cónsul reunió á sus soldados y les habló de esta manera. «Bien sé, ¡oh soldados!, que se considera á los galos como los más belicosos de todos los pueblos del Asia. En medio de gentes pacíficas, se ha establecido una nación indómita, después de recorrer el mundo entero. Estatura gigantesca, roja cabellera (1), anchos

(1) Los galos y germanos tenían naturalmente el cabello

escudos (1); enormes espadas (2); cantos guerreros en el momento de atacar al enemigo; ruido de armas y escudos golpeados, según costumbre nacional, todo parece combinado en ellos para inspirar terror. Pero dejemos á los griegos, los casios y los frigios que se asusten con aquellos cuyo bárbaro aspecto nos es familiar: los romanos, acostumbrados á ese ruido, solamente lo consideran como vano aparato. Una sola vez, en otro tiempo, en las orillas del Alia, derrotaron á nuestros mayores; desde entonces, hace ya cerca de doscientos años, nuestros padres los expulsaron y degollaron como á verdaderos rebaños, habiéndonos proporcionado más triunfos los galos que el resto del mundo. Nuestra propia experiencia nos prueba que, una vez sostenido su primer ataque tan enérgico y ruidoso, sudorosos y jadeantes se les caen las armas de las manos: blandos de cuerpo, de ánimo sin energía, en cuanto se debilita su arrebato, á falta del hierro abátenlos el sol, el polvo y la sed. No solamente nuestras legiones combatiéndoles nos los han dado á conocer; romanos han peleado cuerpo á cuerpo con ellos, y T. Manlio y M. Valerio demostraron la superioridad del valor romano sobre la foga-sidad gala. M. Manlio solo contra un ejército de galos, les rechazó en el escalamiento del Capitolio; y aquellos eran verdaderos galos nacidos en la Galia. Estos de hoy son galos degenerados, cuya sangre está mezclada; galogrecos, en fin, según se les llama; porque sucede con los hombres como con las plantas y animales: no sostiene tanto el germen primitivo su excelente natu-

(1) El ejército de Breno atravesó el Sperquio sirviéndose de éstos anchos escudos como de barcas.

(2) Estas espadas se llamaban spatha.

raleza como les hace degenerar la influencia del terreno y del clima en que viven. Los macedonios, que fundaron Alejandría en Egipto, Seleucia y Babilonia, y multitud de colonias en todo el mundo, han venido á ser sirios, parthos y egipcios; Marsella, en las Galias, ha llegado á tomar el carácter de sus vecinos. Los tarentinos nacidos bajo la ruda y áspera disciplina de Esparta, ¿qué han conservado de ella? La tierra natal es un foco de vida; todo lo que se traslada á otra se transforma y degenera. Bajo esas armaduras galas vais á combatir frigios, y á degollarlos como en la batalla contra Antioco; son vencidos á quienes van á aplastar los vencedores. Lo único que temo es que se recoge poca gloria allí donde hay poco que hacer. El rey Atalo los ha derrotado muchas veces. Solamente las fieras recientemente encadenadas conservan el carácter salvaje de los bosques; á fuerza de recibir su alimento de manos del hombre, se domestican. De la misma manera se dulcifica la barbarie en los hombres; no lo dudéis. ¿Creéis acaso que esos galos son como sus padres y abuelos? Obligados á emigrar por la falta de tierras, siguieron la áspera costa de la Iliria, atravesaron la Peonía y la Tracia combatiendo contra naciones belicosas, y vinieron á establecerse aquí. Endurecidos, irritados por mil privaciones, encontraron esta comarca para entumecerse en la abundancia; suelo fértil, belleza de clima, dulzura en los habitantes, toda aquella firmeza salvaje que tenían al llegar, no ha podido resistir. ¡Hijos de Marte, huid; huid cuanto antes, á fe mía, de esta pérfida languidez del Asia! Estas voluptuosidades de otro cielo enervan los ánimos! La vida, las costumbres de estos pueblos son contagiosas. Lo único bueno que hay es que, por poco que valgan para vosotros los galos, conservan aun en la opinión de los griegos la reputación de valor que tenían al llegar, y por esta razón el triunfo os dará, ante

los ojos de los aliados, tanta gloria como si fuesen galos antiguos los que vencieseis. Disuelta la asamblea, el cónsul envió emisarios á Eposognato, único príncipe del Asia (1) que había permanecido fiel á Eumeno, negando socorros á Antíoco contra los romanos, y se puso en marcha. El primer día llegó á las orillas del Aladro, el segundo al pueblo de Tiscos, donde se le presentaron legados de Oroandes pidiendo la paz y exigiéndoles doscientos talentos; los legados pidieron con insistencia permiso para consultar á sus conciudadanos y se les consintió. El cónsul marchó en seguida á Plitendo, y después acampó en tierras de los aliados. Allí se le presentó la legación que había enviado á Eposognato, acompañada por embajadores del reyezuelo, que rogaba á los romanos no atacasen á los tectosagos. «Él mismo iba á visitarles, decía, para decidirles á que se sometiesen.» Accedió el cónsul y se puso en marcha por la comarca llamada Axylon, nombre que tiene por la absoluta falta de maderas, de leñas y de toda materia á propósito para encender fuego, por lo que los naturales emplean para este uso el estiércol de bueyes (2). Cerca de Cubalo (3), fortificación de la Galogrecia, donde habían acampado los romanos, vieron llegar con mucho estrépito la caballería enemiga, ocasionando desorden en los puestos de los romanos y matando algunos hombres; propagándose la

(1) Cada una de las tres naciones que formaban el pueblo de los gálatas estaba dividida en cantones ó tetrarquías, y la Galacia entera estaba sometida á un gobierno aristocrático y militar. Eposognato era sin duda uno de los doce tetrarcas. En tiempo de guerra, un consejo de trescientos miembros designaba uno ó muchos tetrarcas, á quienes encargaba el mando de las tropas y la dirección de los negocios.

(2) En muchas partes del Asia están reducidos aún á este combustible.

(3) *Cuballum*, probablemente parque de vacas.

alarma al campamento, por todas las puertas á la vez se lanzó la caballería romana contra los galos, los arrojó y derrotó, matando algunos en la persecución. Viéndose ya el cónsul en terreno enemigo, cuidó de llevar exploradores y del buen orden de la marcha. Hasta el río Sangario caminó sin detenerse, y allí, no habiendo vado para pasar, construyó un puente sobre el río. El río Sangario nace en el monte Adoreo, atraviesa la Frigia, y á su entrada en Bithinia, se reúne con el Tymbreto; duplicadas sus aguas, atraviesa la Bithinia y se pierde en la Propontida; este río no es tan notable por su caudal como por la cantidad de pescado que suministra á los pueblos ribereños. El ejército pasó el puente y se siguió la ribera, cuando vieron llegar de Pesinunto sacerdotes galos de la Gran Madre (1), con todo el aparato de su culto, profetizando con acento inspirado que la diosa concedía á los romanos buen camino y una victoria que les aseguraría el dominio del país. El cónsul contestó que aceptaba el augurio y acampó en aquel mismo paraje. Al siguiente día llegaron á Gordio, plaza que sin ser grande, constituía rico mercado, á pesar de su posición en el interior de las tierras, teniendo tres mares casi á igual distancia, el Helesponto, la costa de Sinope y la Cilicia marítima. Encuéntrase además en las fronteras de muchas naciones importantes, á las que sirve de punto de contratación. Halláronla desierta, porque los habitantes habían huído, pero abundantemente provista, por lo que se detuvieron allí recibiendo á los legados de Eposognato. Estos dijeron «que su señor había visitado á los galos sin poder conseguir nada; hombres, mujeres y niños habían abandonado las ciudades y los campos, llevándose los ganados y cuanto

(1) Los fanáticos sacerdotes de Cibele debían el nombre de *Galli* al río *Gallus*, en Frigia, cuyas aguas, según los antiguos, enloquecían á quien las bebía.

podían transportar, dirigiéndose la población al monte Olimpo para defenderse con las armas en posición ventajosa. «Cuando se oían sus gritos al tenerse en las montañas.» Muy pronto trajeron noticias más terminantes los legados de los oroandenses; quienes dijeron «que los tolístoboyos habían trasladado su morada al monte Olimpo; los tectosagos habían tomado otro camino, refugiándose en una montaña llamada Magaba; y los trocmos habían dejado sus esposas é hijos con los tectosagos para reunirse armados con los tolístoboyos.» Estos tres pueblos tenían por jefes á Ortiagón, Combolomaro y Gautolo. Habían adoptado aquel plan de defensa por la esperanza de que, al verles dueños de las montañas más altas del país y provistos de todo lo necesario para sostenerse por tiempo indefinido, los enemigos concluirían por cansarse. «No era probable, decían, que quisieran aventurarse en medio de aquellas alturas inaccesibles, bastando en todo caso un puñado de hombres para detenerles y precipitarles; y que tampoco se decidieran á permanecer quietos al pie de aquellas heladas montañas para perecer de frío ó de hambre.» A pesar de la altura del paraje, que para ellos era una fortaleza, rodearon de un foso y otras fortificaciones los picos en que se habían establecido, cuidando poco de proveerse de armas arrojadizas, contando con las piedras, que abundaban en el terreno.

Previendo el cónsul que no combatirían cuerpo á cuerpo y que tendría que atacar desde lejos, proveyóse abundantemente de dardos, lanzas de vélites, flechas, pelotas de plomo y piedras á propósito para las hondas, marchando con estos aprestos contra el monte Olimpo y acampando á unas cinco millas de distancia. A la mañana siguiente, acompañado de Atalo y de quinientos caballos, avanzó para reconocer la montaña y la posición de los galos; pero les atacó un cuerpo de ca-

ballería, dos veces más fuerte que el suyo, y les puso en fuga, teniendo algunos muertos en la persecución y bastantes heridos. Al tercer día salió el cónsul con todas sus tropas para practicar reconocimientos y ningún enemigo se atrevió á salir de los parapetos, por lo que dió tranquilamente vuelta á la montaña, observando que por la parte del Mediodía había muchas colinas arenosas que se elevaban con suave pendiente hasta cierta altura; que por el lado del Norte las rocas eran abruptas, cortadas á pico y la posición inaccesible, exceptuando en tres puntos, uno en medio de la montaña, en el que había tierra vegetal, y los otros dos más escarpados por la parte de Levante en invierno y Poniente en verano. Hechas estas observaciones, el mismo día trasladó el campamento al pie de la montaña. A la mañana siguiente mandó celebrar un sacrificio, y en seguida dividió el ejército en tres partes y se dirigió al enemigo. Poniéndose al frente del cuerpo más numeroso intentó la ascensión por el terreno menos escarpado. Su padre, L. Manlio, debía subir cuanto pudiese por la parte de Levante de invierno, obrando con prudencia, ni obstinarse en caso de peligros y obstáculos insuperables en luchar contra un terreno y un enemigo inexpugnables; en este caso debía acercarse al cónsul, siguiendo oblicuamente por la montaña hasta reunirse con él. C. Helvio, al frente del tercer cuerpo, tenía orden de rodear insensiblemente por la base de la montaña para subir en seguida por el Poniente de verano. Los auxiliares de Atalo quedaron divididos también en tres cuerpos de igual fuerza; el cónsul conservó á su lado al joven príncipe, quedando en la meseta más próxima á las alturas la caballería y los elefantes; teniendo orden los prefectos de atender á todas partes para acudir apresuradamente adonde fuesen necesarios; contando los galos con el terreno para la defensa del

sus flancos, solamente atendieron á ocupar el paso del Mediodía, y para este efecto destacaron unos mil hombres á una altura que dominaba el camino, á menos de una milla de su campamento, creyendo que tenían allí como una fortaleza para cerrar el paso. Obsérvanlo los romanos y se preparan al combate. Algunos pasos delante de las enseñas marchan los vélites, los arqueros cretenses de Atalo y los honderos tralos y tracios; la infantería, según las exigencias del terreno, marchaba despacio, recogida detrás de los escudos, para guarecerse de las armas arrojadas, no tratándose de combatir cuerpo á cuerpo. Trabóse, pues, la batalla desde lejos, equilibrada al principio; teniendo los galos en su favor las ventajas del terreno, y los romanos la abundancia y variedad de sus armas; pero cuanto más se prolonga el combate, más desaparece la igualdad; los largos pero estrechos escudos (1) de los galos les protegen mal; y además, muy pronto quedan sin otras armas que las espadas, que no peleándose cuerpo á cuerpo, son inútiles en sus manos; vense, pues, reducidos á las piedras, y no habiendo hecho provisión de antemano, solamente las encuentran enormes, ni tienen otras que las que la casualidad pone á su alcance, y, faltos de experiencia, no saben dirigir las ni darles fuerza; entretanto llueven sobre ellos flechas, pelotas de plomo y dardos por todas partes; no sabían qué hacer, cegados como estaban por el furor y el espanto, empeñados en una lucha para la que no son aptos: porque mientras se pelea de cerca, mientras que sucesivamente se pueden recibir y descargar golpes, les fortalece la cólera; pero cuando se ven heridos desde lejos por li-

(1) Estos escudos eran de madera ó de corteza de árbol; los galos los adornaban con pieles de animales ó con bronce representando cabezas de animales también. Llamábanles, según Pausanias, thyreos.

geros venablos, sin saber de donde partían, no pudiendo dar curso á su ardiente furor, se arrojan unos sobre otros como fieras atravesadas á flechazos (1). Sus heridas están á la vista, porque pelean desnudos (2), y sus cuerpos son carnosos y blancos, no estando descubiertos jamás sino en los combates; así es que la sangre escapa con mayor abundancia de aquellas macizas carnes; las heridas son más horribles y la blancura de los cuerpos hace parecer más negra la sangre que los inunda. Pero aquellas abiertas llagas no les infunden pavor, y algunos hasta se rasgan la piel cuando la herida es más ancha que profunda y se glorifican con ello. Si penetra en sus carnes una flecha ó un venablo, dejando en la superficie ligera abertura, sin que á pesar de sus esfuerzos puedan arrancar el hierro, se enfurecen avergonzados de morir de herida tan pequeña, arrojándose al suelo como si sucumbiesen de muerte vulgar. Otros se lanzan contra el enemigo y caen bajo granizada de dardos, ó bien llegando al alcance de los brazos, los atraviesan los vélites con las espadas. Los vélites llevan en la mano izquierda un escudo de tres pies de largo y en la derecha venablos que arrojan á lo lejos, á la cintura una espada española, y si tienen que pelear cuerpo á cuerpo, pasan los venablos á la mano izquierda y empuñan la espada. Muy pocos galos quedaban en pie: viéndose abrumados por las tropas ligeras y á punto de que los rodeasen las legiones, que continuaban avanzando, se desbandaron regresando precipitadamente á su campamento, dominados ya por

(1) Refiere Pausanias que los galos de Breno se arrancaban las flechas de las heridas y las arrojaban con ira contra los griegos.

(2) Los galos cisalpinos, auxiliares de Aníbal en la batalla de Cannas, combatieron también desnudos hasta la cintura, lo mismo que los cimbricos contra Mario.

el terror y la confusión. Allí solamente había mujeres, niños y ancianos. Los romanos vencedores se apoderaron de las alturas abandonadas por el enemigo.

Al mismo tiempo L. Manlio y C. Helvio, después de haber subido cuanto pudieron, no encontrando ya paso en la montaña, volvieron hacia el único punto accesible, y de común acuerdo siguieron á las fuerzas del cónsul; esto era lo mejor que pudieron hacer desde el principio, y la necesidad llevó á ello. Lo indispensable de una reserva se hace sentir vivamente en parajes tan escarpados, porque si cede la primera línea, la segunda cubre la derrota y se presenta descansada al combate. Viendo el cónsul cerca de las alturas que ocupaban sus fuerzas las enseñas del tirano, dejó que sus soldados recobraran aliento descansando un instante, y mostrándoles los cadáveres de los galos tendidos en las alturas, dijo: «Si las tropas ligeras han peleado con tanto éxito, ¿qué debo esperar de mis legiones, completamente armadas, de mis mejores soldados? Que se apoderen del campamento, donde tiembla el enemigo arrojado por las tropas ligeras.» Sin embargo, dispuso que marchasen delante las fuerzas ligeras que durante la detención de las legiones no habían permanecido ociosas, sino recogiendo las armas sembradas en las alturas para no carecer de venablos. Acercábanse ya al campamento donde los galos, temerosos de que no les defendiesen bastante los parapetos, permanecían delante de las empalizadas con la espada en la mano; pero agobiados por una nube de venablos, que rara vez se perdían en aquellas filas compactas, vieron obligados en seguida á entrar en sus fortificaciones, dejando solamente fuerte guardia. Arrojada la multitud al campamento, abrumaban allí á fuerza de venablos, y todos los golpes que hieren producen gritos á los que se mezclan los gemidos de las mujeres y de los niños. La guar-

dia que quedó en las puertas recibe los venablos de los primeros legionarios, que, si no hieren, atraviesan los escudos de parte á parte, uniéndolos y fijándolos unos con otros, siendo imposible resistir por más tiempo el ataque de los romanos.

Las puertas quedan abandonadas, pero antes de que el vencedor se precipite por ellas, huyen los galos en todas direcciones, corriendo como ciegos hacia los puntos accesibles é inaccesibles sin que les detengan asperezas ni precipicios, porque solamente temen al enemigo. Multitud de ellos se sepultan en precipicios insondables donde se quebrantan ó mueren. Dueño del campamento el cónsul, prohíbe el pillaje á los soldados y los lanza en persecución de los galos, para acabar de aterrarlos con el encarnizamiento. En aquel momento llegó con sus fuerzas L. Manlio, cerrándosele igualmente la entrada del campamento y recibiendo orden de salir inmediatamente en persecución de los fugitivos. El mismo cónsul, dejando á los prisioneros en poder de los tribunales, partió también un momento después, creyendo que era terminar la guerra de un solo golpe aprovechar la consternación del enemigo para matar ó coger el mayor número posible. Apenas había marchado el cónsul cuando llegó C. Helvio con el tercer cuerpo, siéndole imposible impedir el pillaje del campamento, y el botín, por injusta casualidad, vino á ser presa de los que no habían tomado parte en el combate. La caballería permaneció mucho tiempo en su puesto, ignorando el combate y la victoria de los romanos, concluyendo, en la manera que pudo maniobrar, por lanzarse en persecución de los galos desparramados al pie de la montaña, matando muchos y haciendo considerable número de prisioneros. No puede calcularse el número de muertos, porque degollaron en todas las escabrosidades de la montaña, porque rodaron multitud de fugitivos desde lo alto de



las rocas á profundos abismos y porque en los bosques, en los matorrales, en todas partes mataron. El historiador Claudio, que habla de dos batallas en el monte Olimpo, pretende que perecieron cerca de cuarenta mil hombres. Valerio Ancias, de ordinario tan exagerado en los números, se limita á diez mil. Lo positivo es que el número de prisioneros se eleva á cuarenta mil, porque los galos habían llevado consigo multitud de todo sexo y edad, porque sus expediciones eran verdaderas emigraciones. El cónsul quemó en un solo montón las armas del enemigo, mandó depositar el resto del botín, vendió parte de él en provecho del tesoro público, y de la manera más cuidadosa y equitativa distribuyó el resto á los soldados. En seguida tributó elogios á su ejército y distribuyó las recompensas merecidas, siendo la primera para Atalo con general aplauso; porque el joven príncipe había mostrado tanto valor é ingenio en medio de las fatigas de la guerra, como modestia después de la victoria.

Quedaba otra guerra con los tectosagos: el cónsul marchó contra ellos, y á los tres días llegó á Ancira, ciudad muy grande de aquella comarca, de la que solamente distaban diez millas los enemigos. Durante la parada que allí hizo, distinguióse una cautiva por una acción memorable. Era esta la esposa del reyezuelo Ortiagón; mujer extraordinariamente hermosa, encontrábase con otros muchos prisioneros, como ella, bajo la custodia de un centurión, hombre codicioso y libertino, verdadero soldado. Viendo que sus deshonestas proposiciones la causaban horror, violó á la desgraciada cautiva que los trances de la guerra habían puesto en su poder, y en seguida, para cubrir aquella infamia, lisonjeó á su víctima con la esperanza de que la devolvería á los suyos, pero sin darle gratuitamente aquella esperanza, como habría hecho un amante, sino que fijó

cierta cantidad de oro, y, para no enterar á ninguno de los suyos, permitió á la prisionera que eligiese entre sus compañeros de desgracia uno que fuese á tratar de su rescate con sus parientes. Dióse cita en las orillas del río, y allí debían acudir dos amigos de la cautiva, dos solamente con el oro, la noche inmediata para hacer el canje. Por casualidad fatal para el centurión, precisamente en la misma prisión que la mujer se encontraba un esclavo suyo; eligióle, y al cerrar la noche, el centurión le llevó fuera de las guardias. A la siguiente noche acudieron á la cita los dos parientes y el centurión con su cautiva; enseñáronle el oro, y mientras se cercioraba de que estaba completa la cantidad pedida, que ascendía á un talento ático, la mujer mandó en su lengua (1) que desenvainasen las espadas y matasen al centurión, inclinado sobre la balanza. Matáronle, le cortaron la cabeza y envolviéndola en su ropa, la cautiva marchó en busca de su marido Ortiagón, que, escapado del monte Olimpo, se había refugiado en su casa. Antes de abrazarlo, arrojó á sus pies la cabeza del centurión. Sorprendido, preguntóla qué cabeza era aquella, qué significa aquella acción tan extraordinaria en una mujer. Violación, venganza, todo lo confesó á su marido; y se dice que todo el tiempo que vivió después, la pureza y austeridad de su conducta sostuvieron hasta su último momento la gloria de aquella acción de matrona.

El cónsul recibió en su campamento de Ancira una legación de los tectosagos, que le rogaron no se pusiese en movimiento hasta que se entendiera con los jefes de su nación, asegurándole que, con cualquier clase de condiciones, preferían la paz á la guerra. Citáronse para

(1) Los galatas habían adoptado la lengua griega sin abandonar la suya.